

R.G. Collingwood: El canto de cisne de la filosofía de la historia

CONCHA ROLDÁN
Universidad de Maguncia

La crisis de racionalidad e identidad en que estamos inmersos no surgió por generación espontánea, sino que más bien es el fruto de múltiples problemas que se habían venido gestando durante décadas en todos los campos de la filosofía. Tras algunos atentados postmodernos que pretendieron romper drásticamente todo cordón umbilical con la tradición cultural, al grito de la consigna «la modernidad fue un error», han comenzado a proliferar grupos de resistencia que intentan de diversas formas reconstruir la identidad de un sujeto que podríamos denominar «moderno postmoderno»,¹ esto es, aquel que se sabe sumido en la crisis, pero no se resigna a la mera contemplación del caos. Desde este punto de vista, podríamos afirmar que asistimos a un nuevo brote de historicismo, entendiendo por tal la vuelta hacia nuestro pasado cultural para buscar las raíces del desarraigo que vivimos. Ya no podemos ser modernos, como no somos ilustrados, pero no podemos renunciar a analizar aquellos planteamientos que dieron lugar a nuestra problemática actual;² si padecemos una enfermedad hereditaria, no basta con denunciarlo, hay que investigar los historiales de nuestros progenitores

para ver si encontramos algún antídoto válido. En el pasado no podemos encontrar soluciones ni contenidos, pero reflexionar desde el vacío sólo conduce al vértigo y a la inconsistencia.

Este es el sentido que puede tener hoy dedicar unas páginas a un pensador que llevó a cabo uno de los últimos intentos serios por investigar desde un punto de vista filosófico la idea de historia, no para resucitar un discurso histórico que ya está muerto y enterrado, sino para poner sobre el tapete que en el seno mismo de los planteamientos de Collingwood podemos descubrir el desmoronamiento del discurso histórico y la disolución de la filosofía de la historia; que fueron ellos mismos los que propiciaron la aparición de la discontinuidad, del fragmento, del desarrollo particular de las historias con minúscula.

En la filosofía de la historia de Collingwood cabe distinguir un aspecto epistemológico y uno práctico. El primero es el más elaborado en sus escritos y pretende responder a las preguntas por la definición (qué es), el objeto (de qué trata) y el método (cómo procede) de la historia. El segundo, no aparece tan claramente formulado en su obra, aunque puede rastrearse siempre

como melodía de fondo y es lo que da, en definitiva, unidad y sentido a sus planteamientos: es la pregunta por la utilidad de la historia (para qué sirve); en el fondo, a modo de cuarta pregunta kantiana, se está interrogando por el ser del hombre, pero no sólo desde un punto de vista metafísico u antropológico, sino también ético y político: el conocimiento histórico le sirve al hombre para contribuir al proceso de identificación del hombre, iluminar su situación actual y ayudarle a actuar. En la primera parte de este trabajo me ocuparé fundamentalmente de analizar la definición y objeto de la idea de historia de Collingwood, dedicando el segundo apartado a su metodología e intencionalidad práctica. Sólo entonces aparecerá claro que la filosofía de la historia agoniza en el intento collingwoodiano por encontrarle un tercer camino entre las interpretaciones especulativas del siglo XVIII y las científicas o positivistas del XIX, *tertium non datur*, y lo que Collingwood propone no puede considerarse ya filosofía de la historia, sino a lo sumo meta-historia.

I. Definición y objeto de la historia: la herencia idealista

El sambenito de idealista le viene a Collingwood de su famosa afirmación: «Toda la historia es historia del pensamiento».³ Lejos de mí liberarle de este calificativo, ganado ya en vida como una condecoración por enfrentarse a la escuela realista imperante en aquel momento en las universidades inglesas, aunque siempre fue aceptado por él con reticencias y a regañadientes.⁴ Ahora bien, no es lícito vincular su peculiar idealismo a una fuerte herencia hegeliana, como algunos autores han querido subrayar, a pesar de su afirmación de que en la obra de Hegel «por primera vez la historia se presenta totalmente

desenvuelta en el escenario del pensamiento filosófico».⁵ El respeto de Collingwood por la dialéctica es incuestionable, como resulta patente en su crítica a la teoría de los ciclos históricos de Spengler;⁶ sin embargo, extiende a la filosofía especulativa de la historia su crítica por ser uno de los dos tipos de indagación que han reclamado ilegítimamente el título de «filosofía de la historia», al pretender que la historia es la realización progresiva de un plan único y concreto, el despliegue de un drama cósmico. Collingwood sería partidario de una cierta dramatización del discurso histórico, como una investigación que se esfuerza en buscar la conexión y coherencia entre los acontecimientos, pero no porque esta narración corresponda al desarrollo necesario de un plan previo, trazado por una finalidad o racionalidad universal inherente al mismo, sino porque el historiador persigue con su tarea la explicación unitaria de unos acontecimientos que en el momento de su realización estaban regidos únicamente por las motivaciones de los individuos que las llevaron a cabo; no existe más finalidad en la historia que los propósitos de cada sujeto: «la historia es un drama, pero un drama improvisado, solidariamente improvisado por sus propios personajes».⁷

El otro tipo de indagación que reclamaría ilegítimamente —desde su punto de vista— el rótulo de «filosofía de la historia» sería el positivismo, con su pretensión de descubrir leyes generales que gobiernen el curso de la historia, creando una superestructura de generalizaciones basada en los hechos históricos. Ciertamente, Collingwood defenderá el estatuto de ciencia para la historia (aunque le parece decisivo, para situar el problema en las coordenadas adecuadas, que Croce en un primer momento negara a la historia su faceta científica),⁸ pero oponiéndose

taxativamente a la aplicación a ésta de la metodología de las ciencias naturales; en ambos casos nos encontraríamos ante un cuerpo organizado de conocimientos, al que se accede de forma inferencial, esto es, procediendo de lo conocido a lo desconocido, pero mientras las ciencias naturales tienen como finalidad de su observación y experimentación el establecimiento de generalizaciones abstractas, la historia se ocupa de acontecimientos individuales, situándolos en una fecha y lugar determinados; el interés de la historia no es inventar nada, sino descubrir algo, es decir, establecer hipótesis lo más exactas posibles respecto a unos acontecimientos pasados que son inaccesibles a nuestra observación, a partir de pruebas históricas que se nos presentan como huellas de ese pasado histórico. Sin embargo, la crítica de Collingwood a la posición positivista se basa menos en la preocupación histórica por los acontecimientos únicos (caballo de batalla de otro idealista contemporáneo suyo: Oakeshott), que en su defensa de que la historia tenga que explicar, no los sucesos naturales, sino las acciones racionales de los seres humanos; mientras que los sucesos naturales pueden ser explicados únicamente desde «fuera», las acciones históricas tienen un «interior» o un «lado pensativo», que expresa la intención del agente, confiriendo un carácter universal al acto individual único y posibilitando que el historiador reconstruya el pasado a partir de las pruebas que se le presentan como aspecto «exterior» de aquellos actos deliberados o reflexivos que son el objeto de la historia.⁹

Collingwood decidió abandonar el llamado «realismo» en que se había formado precisamente por su vinculación a un cierto positivismo, aunque su distanciamiento tuvo un origen lógico, al encontrar inconsistente —o al menos insuficiente— la lógica proposicional para la

metodología filosófica,¹⁰ si bien su oposición a los planteamientos realistas se debía más bien a los resultados de aplicar esa lógica hasta sus últimas consecuencias, esto es, por una parte, a su descuido de la historia, por otra, a la disolución de la ética.¹¹ Collingwood se opone a la concepción de que los problemas que ocupan a la filosofía son inmutables, consistiendo la historia de la filosofía únicamente en diferentes intentos por contestar a las mismas preguntas; su «lógica de preguntas y respuestas» estará encaminada a demostrar el carácter histórico tanto de los problemas como de las soluciones propuestas en cualquier rama de la filosofía;¹² en cada época se «suscitarían» preguntas diferentes, y la misión del filósofo sería dar con la respuesta «justa», que no «verdadera», a esa pregunta —algo así como el cambio de paradigma propuesto más tarde por Kuhn.

Ahora bien, la amenaza más grave que el positivismo proyecta sobre la historia —y que en opinión de Collingwood sería compartida por el materialismo histórico— consiste en que lo que se explica se torne pronosticable, al estar regido por leyes empíricas y universales; la explicación histórica, al demostrar que un hecho en cuestión no fue cosa del azar, sino fruto de determinadas condiciones simultáneas o preexistentes, haría a su vez posible la anticipación científica y racional, con lo que el historiador dejaría de ser un profeta del revés (como afirmaba Ortega parafraseando a Schlegel) para dedicarse como tarea fundamental a la predicción del futuro; de esta forma, el filósofo de la historia devendría por razones obvias meteorólogo¹³ y la historia se convertiría en un proceso inevitable, al margen de las intenciones y deliberaciones de los individuos racionales libres que la encarnaran.

La filosofía de la historia no puede consistir, pues, según la interpretación de

Collingwood en especular sobre el curso de los acontecimientos históricos *in toto*, ni en el intento de formular y justificar generalizaciones históricas sobre las que se pueda cimentar la predicción de acontecimientos futuros, sino pura y simplemente una tentativa por elucidar la esencia específica del conocimiento histórico frente a otros tipos de conocimiento. «Filosofía de la historia» es en definitiva para Collingwood el esfuerzo por responder a la pregunta de «qué es historia».¹⁴ En este sentido, «la historia es la historia del pensamiento», aparece como respuesta a esta pregunta, esto es, como el lema de su filosofía de la historia o, más aún, como su primer principio, pero, ¿qué quiere significar con ello?

Unos años antes, Croce había escrito que «la historia es esencialmente obra de pensamiento»,¹⁵ queriendo expresar con ello, por una parte, que la historia no puede ser obra del sentimiento ni de la imaginación, y, por otra parte, la condenación y disolución de la filosofía de la historia, esto es, de un pensamiento que esté por encima de la historia, pues ésta se identificaría con la filosofía —que no es sino el «manto metodológico» de la historia—, lo que es lo mismo que afirmar que toda historiografía es intrínsecamente filosófica. Collingwood estará completamente de acuerdo en el primer punto, aunque disientirá en el segundo. En efecto, que la historia sea obra del pensamiento y no de la fantasía es lo que marcará la distancia entre el historiador y el novelista histórico; pero Collingwood, a pesar de la aproximación que constata en sus obras entre historia y filosofía, insistirá en denominar «filosofía de la historia» a toda metodología de la historia, a toda reflexión filosófica sobre la misma que no incurra en los dos errores arriba mencionados, al estudio de los problemas filosóficos creados por la existencia de una actividad de investigación

histórica organizada y sistemática.¹⁶ Para nuestro autor, el historiador está demasiado absorbido en su tentativa de aprehender los hechos para pararse a reflexionar sobre esta tentativa, planteándose sólo preguntas sobre su propio objeto y no sobre la manera en que llega a conocer ese objeto; ésta es la tarea, pues, del filósofo de la historia, que no puede conformarse con ser filósofo, sino que también ha de ser historiador; sin embargo, esto no es la exposición de un *desideratum*, sino la constatación de lo que había sido hasta el momento —en su opinión— moneda común: los filósofos habían ignorado la historia y los historiadores no se habían parado a reflexionar sobre el objeto de su disciplina. Al propugnar una interrelación entre historia y filosofía, entre teoría y práctica,¹⁷ no quiere borrar las fronteras entre ellas, sino, por un lado, subrayar la autonomía de la historia frente a la filosofía y la ciencia, y, por otro, acabar con el supuesto hegeliano de una historia filosófica superpuesta a la historia ordinaria; si la filosofía de la historia puede llegar a tener algún sentido, dependerá de una completa renovación de las metodologías tanto de una como de otra disciplina, y esto es lo que él pretende con su revolucionario método «pregunta-respuesta» sugerido por la práctica arqueológica.

Profundizando en su definición de historia, para Collingwood, afirmar que la historia es la historia del pensamiento es una forma de salvar el abismo temporal entre el historiador y su objeto, el pasado. De acuerdo con Croce una vez más, considera que la «resurrección del pasado» —según palabras de Michelet— es una tarea imposible e inútil;¹⁸ imposible, pues no puede conocerse el pasado tal cual fue; inútil, pues nadie quiere desarraigarse del presente para caer, atrás, en un pasado muerto. El pasado sólo puede investigarse desde

el presente y, al subrayar la contemporaneidad de toda historia,¹⁹ está señalando a su vez la primacía de la motivación práctica en la obra histórica; frente a Ranke, que quería exponer los hechos mismos tal y como habían acaecido (*wie es eigentlich gewesen*),²⁰ Collingwood reivindica el principio kantiano de «pensar es juzgar» —el historiador nunca puede ser imparcial—, añadiendo que sólo un interés de la vida presente puede movernos a investigar un hecho pasado, apareciendo la historiografía siempre que surge la necesidad de entender una situación para actuar.

Ahora bien, si nadie sabe, ni nadie ha sabido jamás, y nadie sabrá jamás, qué fue lo que sucedió exactamente, esto significa, de un lado, que la filosofía de la historia no puede tener como objetivo determinar los hechos históricos ni arrojar ninguna luz sobre ellos, y, de otro lado, que ninguna formulación histórica podrá expresar nunca la verdad completa sobre un hecho particular. La objetividad del conocimiento histórico habrá de buscarse, pues, en algo diferente que en la reconstrucción exacta de los acontecimientos del pasado, de los que es imposible tener experiencia inmediata. Sin embargo, para tener conocimiento de algo, es preciso tener experiencia de ello, aunque la mera experiencia no constituya conocimiento. ¿Cómo es, pues, posible el conocimiento del pasado? Aquí la explicación de Collingwood: el historiador parte de pruebas del pasado —«reliquias»— que han llegado hasta su presente y a partir de ellas comienza su tarea de interpretación de las mismas, reconstruyendo críticamente en su mente los elementos que dieron lugar a esa prueba,²¹ pero esto sólo es posible porque dichas pruebas son fruto del *pensamiento* de individuos que existieron antes que nosotros; y aquí pensamiento ya ha dejado de significar únicamente reflexión,

para adquirir el carácter intencional de la acción. Decir que «el conocimiento histórico tiene como objeto propio el pensamiento»²² expresa en un primer momento la autoconciencia del historiador, esto es, su capacidad para volverse consciente de la continuidad de sus experiencias revirtiendo en su actividad reflexiva; pero lo que diferencia al conocimiento histórico de la psicología —que atendería a los procesos de conciencia, al acto de pensar mismo— o de la ciencia natural —que subrayaría la continuidad de experiencias, infiriendo generalidades de los acontecimientos observados— es que reviste al acto reflexivo de *intencionalidad* en un doble sentido: 1) en cuanto que toda investigación histórica comienza con el planteamiento de un problema, con el *propósito* de resolverlo, y 2) en cuanto que es capaz de representar y transmitir al presente las *intenciones* y *deliberaciones* de individuos pasados.

De esta manera, afirmar que «no puede haber historia de otra cosa que no sea el pensamiento»,²³ viene a significar que el conocimiento histórico es fruto del esfuerzo del historiador por proceder de acuerdo con un plan previamente trazado y llegar a resultados que pueden juzgarse de acuerdo con criterios que se derivan de los propósitos mismos, y esto es precisamente lo que confiere carácter universal a los actos individuales únicos; este punto de vista es lo que marcaría la distancia entre nuestro autor y Oakeshott, pues para Collingwood «los actos o personas individuales aparecen en la historia no en virtud de su individualidad en cuanto tal, sino porque esa individualidad es el vehículo de un pensamiento que, por haber sido efectivamente el de esas personas o actos, es potencialmente el de todo el mundo».²⁴ Si la historia versara sólo sobre actos individuales, el historiador podría aprehender inmediatamente²⁵ el pensamiento de un individuo

pasado, tal y como ocurrió, como si hubiera quedado congelado en el tiempo o como si el historiador pudiera identificarse en ese mismo acto de pensamiento con la persona cuya historia narra. El puente entre el presente y el pasado es el pensamiento que tienen en común los seres humanos, concebido como racionalidad práctica, esto es, como *acción*. Los actos reflexivos o deliberados, esto es, los que hacemos «a propósito», son los únicos que pueden convertirse en materia de historia; de ahí su taxativa afirmación: «no hay hechos en historia, sino acciones que expresan algún pensamiento».²⁶ El historiador reconstruye el pasado a partir de las huellas del mismo que han llegado al presente, de forma que el pasado que resulta ya no es el que realmente sucedió, sino el resultado del trabajo crítico del historiador²⁷; el hecho en sí es incognoscible, pero eso no significa que el historiador construya el pasado que se le antoje, pues depende de las pruebas, por una parte, y de su capacidad lógica, por otra.

Los esfuerzos de Collingwood por cambiar los paradigmas del conocimiento histórico son encomiables. Sin embargo, se trasluce una cierta ingenuidad de su confianza en la razón humana, que no hay que confundir con un intelectualismo —como hace Walsh—,²⁸ sino como un intento de recuperar para la historia el primado de la razón práctica ilustrada,²⁹ de ahí su crítica al pensamiento como mera actividad teórica, que no podría ser moral ni inmoral, sino únicamente verdadero o falso, mientras que la acción conllevaría ese aspecto ético deseable en todo conocimiento práctico —y la historia debe serlo.³⁰ El caballo de batalla de Collingwood es su lucha contra el realismo histórico,³¹ que supone que el mejor historiador es el que conoce la mayor cantidad posible de aspectos del pasado, haciendo que su tarea de confec-

cionar historias universales desemboque en el ejercicio mecánico de «tijeras y engrudo»,³² es decir, en la combinación más compleja posible de testimonios de autoridades, ante la imposibilidad de acceder directamente a esos acontecimientos del pasado que se pretenden transmitir fielmente; sin embargo, no aparece en su obra un rechazo completo de la acumulación de nombres y fechas. Collingwood encuentra utilidad en las crónicas, a las que denomina «huesos descarnados que pueden un día convertirse en historia cuando alguien pueda vestirlos con la carne y la sangre de un pensamiento que es al mismo tiempo de él mismo y de ellas»;³³ las crónicas no son historia, pero pueden llegar a convertirse en ella si una generación posterior hace objeto de reflexión de aspectos que para sus progenitores eran meramente «huesos descarnados». La finalidad de la historia como ciencia autónoma ya no puede consistir en la confección de una historia universal exhaustiva, tarea imposible y conducente al escepticismo —bien por exceso o por defecto de testimonios. La historia consistirá en la *reconstrucción ideal* del pasado a partir de las «pruebas históricas» —denominación sugerida por su experiencia como arqueólogo—,³⁴ que no pueden confundirse con las fuentes o los testimonios, y que constituyen el único anclaje con la realidad y la piedra de toque de la objetividad, concepto problemático, como veremos.

II. *La teoría de la reactualización y el primado de la razón práctica*

La teoría de la *reactualización* —«recreación» o «reconstrucción»— ha sido el aspecto de la filosofía de la historia de Collingwood en que se han centrado sus críticos, considerándolo un concepto problemático en exceso, cuando no directamente erróneo; algunos autores

han sabido ver en las nociones de inferencia y prueba, así como en la lógica de pregunta-respuesta, la auténtica y original filosofía de Collingwood, mientras que consideran la teoría de la reactualización como su gran equivocación.³⁵ No pretendo acometer aquí un análisis exhaustivo de las críticas que se han dirigido a esta teoría,³⁶ aunque me refiera a algunos puntos a lo largo del desarrollo de este apartado. Sin embargo, quiero dejar claro desde un primer momento que, en mi opinión, no puede separarse la teoría de la reactualización del resto de los elementos que componen la filosofía de la historia de Collingwood, resultando crucial para explicar la posibilidad del conocimiento histórico, porque no es sino la consecuencia lógica de la epistemología de Collingwood; es la más clara expresión de su método histórico, una vez definida la historia y su objeto en términos de pensamiento-acción intencional, como he analizado en el apartado anterior. Si nos quedamos sólo con las nociones de inferencia y prueba, o con la importancia de plantear en la investigación la pregunta adecuada, ¿cómo podemos explicar la posibilidad del conocimiento histórico? Por el contrario, si consideramos la teoría de la reactualización como un concepto aislado, no veremos sino un sinsentido, una burda caricatura de lo que Collingwood quiso decir.³⁷

No sólo suele interpretarse la teoría de la reactualización aislada del resto de los elementos de su filosofía de la historia, sino que además se la considera como un elemento tardío de su pensamiento, enunciado por primera vez en los epilégonos de su *Idea* —esto es, allá por 1936— en el ensayo titulado «La historia como recreación de la experiencia pasada», fruto no tanto de la madurez de su pensamiento como de la debilidad mental a que le conducía su enfermedad; un

elemento, en definitiva, que no habría sido necesario añadir y que no hacía sino entrar en contradicción con la importancia que había conferido a las pruebas o huellas del pasado como piedra de toque de la interpretación histórica. Sin embargo, ya había desarrollado este concepto en un manuscrito de 1928, titulado «Outlines of a Philosophy of History»; esto quiere decir que Collingwood redacta una primera aproximación a su teoría inmediatamente después de haber escrito «Los límites del conocimiento histórico» (1927), como consecuencia coherente de los problemas allí planteados, y que ya tiene un esquema más o menos elaborado de su sistema cuando en 1930 comienza a trabajar en su gran proyecto sobre «Filosofía de la Historia».³⁸ No se observa una evolución excesiva desde los planteamientos del primer ensayo a los del segundo, aunque en el ensayo de 1936 está más elaborada la argumentación epistemológica, mientras que en el de 1928 le interesa sobre todo marcar las distancias de su teoría con los planteamientos realistas, con lo que la faceta epistemológica hace pie en algunas distinciones metafísicas, como la distinción entre «realidad» y «existencia», o entre ser *ideal* y ser *actual*; el que los hechos históricos no sean actuales no quiere decir —según Collingwood— que no posean realidad alguna, sino que poseen la existencia ideal que les confiere el pensamiento del historiador, sin que esto signifique que el pensamiento sea lo único que tenga realidad por excelencia, ni que quiera concluir hegelianamente que «todo lo real es racional»; el pasado como tal no puede revivirse, los hechos pasados no tienen ninguna realidad como tales, luego la única posibilidad del conocimiento histórico está en la reconstrucción de aquellos elementos del pasado que respondan a actividades conscientes del hombre, de forma que pueda ha-

ber continuidad y homogeneidad entre el sujeto y el objeto de conocimiento: «Nada sino el pensamiento puede ser tratado por el historiador con esa intimidad sin la cual la historia no es historia, pues nada sino el pensamiento puede ser reactualizado de esta manera en la mente del historiador. El nacimiento de sistemas solares, los orígenes de la vida en nuestro planeta, el primer curso de la historia geológica, todos estos no son estrictamente estudios históricos porque el historiador no puede penetrar en el interior de ellos»;³⁹ la intención de Collingwood no es hacer, pues, una filosofía de la historia de tipo absolutamente racionalista, sino subrayar que aquello que el historiador puede recrear del pasado y de lo que puede tener un conocimiento en parte objetivo son los «actos de pensamiento», es decir, los elementos del pasado en los que puede penetrar en su interior, reproduciendo las deliberaciones, intenciones y razones que dieron lugar a los mismos; ahora bien, sin olvidar que la base de este conocimiento, lo que garantiza que el historiador pueda construir el pasado es un «cuerpo de reliquias», un conjunto de «restos materiales» —lo que luego denominará «pruebas históricas»—, fruto de acciones realizadas por individuos pasados semejantes al historiador que las interpreta.

En «La historia como re-creación de la experiencia pasada» intenta responder a la pregunta acerca de las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico, analizando en qué consisten los actos de pensamiento, para lo que se sirve de dos supuestos impugnadores, cuyos supuestos va rebatiendo paulatinamente. El acto de pensamiento presente por el que se reactualiza un pensamiento pasado, no es idéntico a éste, ni siquiera una copia del mismo, pero si no existe cierta continuidad, nos vemos abocados al solipsismo: «Estoy considerando cómo es

posible la historia, como conocimiento de pensamientos pasados (actos de pensamiento); y sólo me interesa demostrar que es imposible excepto desde la posición de que conocer el acto de pensamiento de otro supone repetirlo uno por su cuenta. Si una persona que rechaza esa posición se ve empujada, en consecuencia, a esta especie de solipsismo, mi argumentación queda probada».⁴⁰ Si sólo pudiéramos hablar de los pensamientos que tienen lugar en nuestra propia mente, estaríamos, pues, abocados al solipsismo, sin embargo es imposible contemplar los actos de pensamiento pasados como si pudiéramos servirnos de una máquina del tiempo a lo H.G. Wells, o como si fuera posible la memoria histórica; la diferencia entre memoria e historia es a la vez de actividad y de contexto, pues mientras para la memoria el pasado es un simple espectáculo, para la historia se recrea de forma crítica desde el presente;⁴¹ es lo que Collingwood pretende aclarar con el ejemplo de una *autobiografía* que pretende volver sobre una investigación filosófica pasada: «El abismo de tiempo entre mi pensamiento presente y su objeto pasado se salva no con la supervivencia o revivificación del objeto, sino sólo con el poder del pensamiento para saltar por encima de semejante abismo»;⁴² y puede salvarse el abismo, porque el acto de pensamiento puede ser subjetivo y objetivo a la vez, esto es, somos nosotros los que estamos pensando, pero sobre un acto que ejecutamos en otra ocasión; sin embargo, el recuerdo puede convertirse en un guía traicionero, al reinterpretar nuestros pensamientos pasados y asimilarlos a los que pensamos ahora: «Sólo hay una manera de contrarrestar esta tendencia. Si yo quiero estar seguro de que hace veinte años cierto pensamiento estaba realmente en mi mente, tengo que tener prueba de ello (un libro, una carta, un cuadro, etc). Sólo

teniendo ante mí tal prueba y reinterpretándola con justicia y buena fe, puedo probarme a mí mismo que pensaba así. Habiéndolo hecho así, redescubro mi yo pasado y re-creo ese pensamiento como mis pensamientos, con la esperanza de juzgar mejor ahora que entonces sus méritos y defectos». ⁴³

Pero, obviamente, no puede considerarse igual el conocimiento histórico de tipo autobiográfico, que aquel que se refiere a otro individuo pasado desconocido para nosotros; ¿cómo podemos estar seguros de que los pensamientos que recreamos son los suyos? Collingwood pretende no caer en el escepticismo con su teoría, por eso tiene que subrayar que, aunque se opere un cambio de contexto, el pensamiento puede sustentarse y revivir en otro diferente; sin embargo, los actos de pensamiento no son entidades sustantivas que nadan en las aguas del tiempo a la espera de un historiador que decida pescarlos; la historia no puede concebirse como el desarrollo de la historia del pensamiento, pues los actos de pensamiento son también subjetividad y necesitan por ello de una determinada conciencia para desarrollarse; los límites del conocimiento histórico están claramente marcados por las pruebas históricas: «el pasado en cuanto simple pasado es plenamente incognoscible; lo cognoscible es sólo el pasado en cuanto se halla preservado por los residuos del presente». ⁴⁴ Todo pensamiento tiene por su constitución interna la posibilidad de ser reactualizado, pero sólo puede serlo realmente aquel pensamiento del que poseamos prueba histórica, y esto es lo que asemeja la tarea del historiador con la del autobiógrafo —en la segunda parte de su tarea, no en la de la mera memoria—, lo que diferencia a la historia de la crónica y lo que permite que pueda comprobarse la objetividad de nuestros conocimientos: «Si el autobiógrafo puede desenredar sus

pensamientos pasados con ayuda de la prueba..., el historiador, gracias al empleo de pruebas del mismo carácter general, puede recuperar los pensamientos de otros, llegando a pensarlos, aun cuando nunca los haya pensado antes, y sabiendo que esta actividad es la re-creación de lo que aquellos hombres pensaron alguna vez. No sabremos jamás a qué olían las flores en el jardín de Epicuro, o cómo sentía Nietzsche el viento en el cabello al caminar por la montaña; no podemos revivir el triunfo de Arquímedes o la amargura de Mario; pero la prueba de lo que estos hombres pensaron está en nuestras manos. Y al recrear estos pensamientos en nuestras propias mentes mediante la reinterpretación de esas pruebas podemos saber, en la medida en que hay conocimiento, que los pensamientos que creamos fueron los suyos». ⁴⁵ Las pruebas no nos proporcionan, pues, más que la posibilidad de recrear fidedignamente aquello que es objeto de conocimiento, esto es, los aspectos lógicos e intencionales de los pensamientos-acciones pasadas o, lo que es lo mismo, los elementos racionales de los comportamientos de individuos pasados, pero prescindiendo de sus sentimientos y emociones. Lo que conocemos históricamente no son datos fosilizados acerca de individuos que murieron, ni los sentimientos que acompañaron a sus actos de pensamiento, sino aquello que de los mismos pervive en el presente en forma de *pruebas* y través de las *preguntas* que nosotros planteamos a las mismas. De ahí que no pueda haber nada fuera del pensamiento que sea objeto de conocimiento histórico. Si podemos volver a pensar sobre cosas pasadas es porque: *a)* alguna huella de las mismas ha sobrevivido hasta nuestros días, se ha mantenido «viva», y *b)* existe en la naturaleza humana alguna continuidad en los mecanismos racionales (categorías lógico-gnoseológicas, inten-

cionalidad de la deliberación), que permiten la recreación de los pensamientos pasados desde el contexto presente. En ese caso, la reactualización presupone que el historiador puede colocarse en el lugar del otro,⁴⁶ reconstruir su proceso de pensamiento, *como si* su individualidad pudiera representar *analógicamente* los principios internos que llevaron a determinada figura histórica a actuar de determinada manera, siguiendo sus creencias, propósitos y principios;⁴⁷ pero la reactualización del pensamiento de Nelson, por ejemplo, es una recreación con una diferencia, el *contexto*; el historiador interpreta y juzga al personaje histórico y, a su vez piensa en sí mismo, se propone investigar algo secundario para su vida real en cuanto que la problemática histórica ha surgido en última instancia de los problemas prácticos de su vida real.⁴⁸ El pasado sólo le concierne al historiador en cuanto le conduzca al presente, esto es, en cuanto sea capaz de mostrarle el mundo real que le rodea como el sucesor de un pasado irreal ya muerto: «El historiador quiere *reconstruir* en su mente el proceso por el que *su* mundo, el mundo en aquellos de sus aspectos que en este momento concreto *le* impresionan, ha llegado a ser lo que es»;⁴⁹ todo historiador debe saber que hay que ser especialista, y que si trata de saberlo todo, al final no conocerá nada; su tarea ha dejado de ser la confección de una historia universal monumental a base de la recopilación de testimonios fidedignos, para dedicarse a la investigación de algunos elementos de su pasado cultural —de los que disponga pruebas— para comprender el mundo que le rodea a la vez que progresa en su autoconocimiento. Sobre este aspecto práctico del conocimiento histórico volveré más adelante.

El concepto de reactualización es, pues, fundamentalmente un concepto epistemológico que quiere dar solución a

los problemas metodológicos que suscita el conocimiento histórico, una vez establecida la imposibilidad de acceder inmediatamente a los acontecimientos del pasado, los cuales formarían *sensu stricto* el objeto de la historia. El conocimiento histórico es, en definitiva, posible porque el contenido o la materia del mismo es el pensamiento y, en cuanto tal, reconstruible por el historiador; según expresaba Collingwood en «La imaginación histórica» (1935), el historiador debe ir en dos sentidos más allá de lo que sus autoridades le dicen: uno es el camino crítico, que Bradley había tratado de analizar, el otro es el camino *constructivo*, que Collingwood mismo quiere explicar. De esta manera, se sitúa Collingwood con su teoría de la reactualización en la tradición de Vico, según la cual sólo existe posibilidad de conocimiento de aquello que construimos: *verum et factum convertuntur*;⁵⁰ en opinión de Collingwood, Vico posibilitó con el establecimiento de este principio el surgimiento de la «historia crítica» (aunque no se pusiera en práctica hasta mucho tiempo después), esto es, el abandono de la historia de «tijeras-y-engrudo» para entrar en un mundo donde la historia no se escribe copiando los testimonios de las mejores fuentes, sino llegando a conclusiones propias.⁵¹ Sin embargo, la historia crítica o científica no puede limitarse a la búsqueda de veracidad y objetividad en los testimonios históricos, sino que una parte fundamental de su tarea ha de consistir en lo que Collingwood denomina «historia constructiva», esto es, la confección del discurso histórico, como relato, sirviéndonos de las pruebas con que contamos. No puede considerarse historia al conocimiento aislado de un dato, sino a la reconstrucción interpretativa del argumento que dio lugar a él; y esto no puede hacerse sin la colaboración de la capacidad creativa del historiador o, como el

mismo Collingwood escribe, sin la imaginación que nos permite *interpolar* aquellos elementos que den una continuidad lógica al discurso histórico, rellenando los huecos entre las pruebas que poseemos. Ahora bien, esta interpolación no es arbitraria ni caprichosa, sino necesaria, por lo que decide denominarla, según el lenguaje kantiano, *imaginación a priori*, que se distinguirá por ello de la fantasía literaria;⁵² siguiendo a Kant, sostiene que lo imaginario en sí no es real ni irreal, de forma que no sólo hay un uso de la «imaginación pura» por parte del artista, sino que incluso existe una «imaginación perceptual» que se encarga de completar y consolidar los datos de la percepción a que no accedemos en realidad (por ej., la parte de abajo de una mesa, el interior de un huevo intacto o la cara oculta de la luna); en este último caso, imaginación *a priori* querría decir que no podemos dejar de representarnos lo que no puede menos que estar ahí, y la «imaginación histórica» sólo diferiría de la perceptual en que tiene como tarea especial imaginar el pasado, que no es un objeto posible de percepción, puesto que no existe ahora, aunque pueda convertirse a través de esa actividad en objeto de nuestro pensamiento. La imaginación histórica no tiene, pues, para Collingwood un papel meramente ornamental, sino que constituye el esqueleto mismo del discurso histórico: «Sin la imaginación histórica el historiador no tendría narración alguna que adornar. La imaginación, esa "facultad ciega pero indispensable" sin la cual, como Kant ha demostrado, no podríamos percibir el mundo que nos circunda, es indispensable de la misma manera para la historia; es la que, operando no caprichosamente como la fantasía, sino en su forma *a priori*, hace el trabajo entero de construcción histórica».⁵³ Pero en realidad, siendo totalmente fieles al sistema de Collingwood en su conjunto,

hay que recordar que la imaginación no es una facultad que teje su red entre distintos puntos fijos que se nos dan preconfeccionados —lo que constituirían los argumentos de autoridad—, sino que estos mismos hitos hay que obtenerlos con pensamiento crítico, formando parte ellos mismos de la construcción imaginativa, con lo que se pone en cuestión la veracidad y objetividad del relato reconstruido, pues, con palabras del mismo Collingwood, «fuera del pensamiento histórico mismo, no hay cosa alguna, por referencia a la cual puedan verificarse sus conclusiones».⁵⁴ Según aclara nuestro autor, el historiador piensa exactamente como el héroe de una novela policiaca en cuanto que, partiendo de los indicios más diversos, construye el cuadro imaginario de la escena de un crimen; pero la diferencia con el historiador es que los detectives de las novelas tienen siempre la suerte de obtener una verificación del exterior para su teoría: la confesión del criminal hecha en unas circunstancias que no ha lugar a dudas,⁵⁵ mientras que los historiadores tienen que enfrentarse con el problema de la autenticidad de las mismas pruebas. Sin embargo, a pesar de las diferencias, Collingwood gusta de utilizar la analogía entre el procedimiento de investigación criminal y el método histórico, tal y como ocurre en el apartado de «La evidencia del conocimiento histórico» que titula «¿Quién mató a John Doe?»; en ambos casos se parte de *huellas* que han dejado ciertos sucesos⁵⁶ y, también en ambos, el éxito depende de la pertinencia de las cuestiones que se planteen, y no tanto de la acumulación indiscriminada de pruebas.⁵⁷ En la vida real comprobamos que no todos los casos criminales se resuelven, o que se resuelven mal con la prisa de castigar a un culpable; para Collingwood, será la diferencia de propósitos entre los procedimientos analogados lo que marque las

diferencias: «Puesto que el historiador no tiene la obligación de decidir dentro de ningún plazo fijo, nada le importa aparte de que su decisión, cuando la tome, sea *justa*, lo cual significa para él que se siga inevitablemente de la prueba histórica». ⁵⁸ Nuevamente vemos que objetividad no se compadece con verdad; en la correlación entre pregunta y respuesta, importa sobre todo mostrar la adecuación del proceso —su racionalidad intrínseca—, y no la veracidad del suceso: «Hacer preguntas a las que no se ven posibilidades de respuesta es el pecado fundamental en la ciencia,[...] En la historia, pregunta y prueba históricas son correlativas. Cualquier cosa que le permite a uno contestar a su pregunta —la pregunta que hace ahora— es prueba histórica. Una pregunta sensata (la única clase de pregunta que hará un hombre científicamente competente) es una pregunta de la cual piensa uno que tiene o va a tener la prueba con que darle respuesta». ⁵⁹ Aunque pretenda resaltarse la importancia de las pruebas como anclaje a la realidad, no existe posibilidad para contrastar la autenticidad de las mismas, al margen del proceso de correlación con la pregunta a que se quiere responder; por otra parte, ¿cómo puede avanzar el conocimiento científico si sólo se plantean aquellas preguntas para las que tenemos una prueba con que avalar nuestra respuesta?, ¿acaso no son dignos de reconstrucción histórica aquellos acontecimientos de los que un poder dictatorial pretende borrar toda huella para sumirlos en la noche de los tiempos? ⁶⁰

Aunque se refiere en ocasiones a la objetividad histórica, no queda suficientemente definido qué entiende por tal. El criterio de objetividad no puede residir en las pruebas, que se presentan de forma azarosa ante el historiador, y entre las cuales selecciona aquéllas que se refieren a acciones intencionales que

se encuentran vinculadas a una preocupación *suya* presente; tampoco puede consistir en la adecuación de las respuestas a las preguntas que el historiador se ha planteado, pues, ¿cómo estar seguros de que no existe más de una respuesta adecuada a la misma pregunta? Si se entiende por criterio de objetividad la coherencia racional del relato y su no contradicción con la prueba histórica de que parte, una novela histórica podría ser tan objetiva como una narración histórica. Objetividad no tiene nada que ver para Collingwood con veracidad; no le interesa el descubrimiento de la verdad de los sucesos pasados, pero entonces, ¿para qué hacer historia? ¿Para qué ocuparse filosóficamente de los problemas metodológicos que aquélla plantea? Por otra parte, si el historiador sólo analiza algunas de las pruebas históricas que han llegado hasta él, esto es, las que se han mostrado más resistentes al paso del tiempo (lo mismo que llegan a manos del arqueólogo aquellos restos de construcciones, elementos, etc., que se han mostrado más resistentes a los elementos), ¿no significa que, en el supuesto de que sea posible alguna reconstrucción histórica, ésta será siempre la historia de los «vencedores»? ⁶¹

Con la teoría de la reconstrucción o reactualización de Collingwood nos enfrentamos en este punto a un círculo vicioso, pues, justamente, la prueba de la veracidad de los testimonios históricos proviene en su opinión de la coherencia interna del mismo discurso histórico, que se torna auto-explicativo por la actividad autónoma de la imaginación *a priori*, ⁶² lo que significa a su vez que la narración, si es buena o coherente, no puede desarrollarse de otra manera que como lo hace, es decir, es necesaria, relato único de una historia inevitable: «No basta con que la ciencia sea autónoma o creadora, también tiene que ser convincente u objetiva;

tiene que presentarse como *inevitable* a quien pueda o quiera considerar las bases sobre las cuales descansa, y pensar por sí mismo cuáles son las conclusiones a las que apuntan esas bases». ⁶³ Defender la posibilidad teórica de la reactualización como metodología histórica significa a su vez estar convencido de un cierto determinismo histórico, de un concepto racionalista de libertad; ⁶⁴ lo mismo que la autonomía de la historia se manifiesta en la liberación del dominio de la ciencia natural, la libertad del hombre se traduce en su capacidad de construir su propio mundo de asuntos humanos (*res gestae*) al margen de la naturaleza, pero no porque el hombre pueda hacer lo que le parezca, sino porque está sometido a su propia racionalidad práctica: «La libertad que hay en la historia consiste en el hecho de que esta actividad no se la impone a la razón humana sino ella misma [...] El pensamiento histórico, pensamiento sobre la actividad racional, es libre de la dominación de la ciencia natural, y la actividad racional es libre de la dominación de la naturaleza». ⁶⁵ Esto equivaldría a sostener que es posible reactualizar determinada acción humana, puesto que ésta fue perpetrada de forma totalmente intencional, deliberada y responsable, es decir, totalmente racional, sin intromisión alguna de dudas, perplejidades o sentimientos. Sin embargo, Collingwood no quiere llegar tan lejos en sus conclusiones y sostiene que el hombre no siempre es libre para planear sus acciones y llevarlas a cabo tal y como las había proyectado, porque no siempre es capaz de analizar correctamente la situación en que se encuentra, la cual contiene a su vez pensamientos de otros seres humanos; tampoco quiere dar a entender que la situación en que un hombre se encuentra existe solamente porque la han creado otros hombres mediante una actividad racional de especie similar, y que si

actúa de acuerdo con sus propias luces lo hará de una forma determinada, pues la razón humana es siempre la razón humana, de modo que el historiador, sucesor de estos individuos pudiera a su vez reconstruir la situación; ⁶⁶ pero si el historiador no puede ignorar las diferencias individuales y afirmar taxativamente que la razón humana ha creado la situación en que ella se encuentra, ¿cómo puede en ese caso reconstruir la escena?; Collingwood tiene para esta pregunta una respuesta sutil, la cual, lejos de solucionar el problema no hace sino multiplicarlo: «Toda la historia es historia del pensamiento y cuando un historiador dice que un hombre está en determinada situación esto equivale a decir que *piensa* que está en esa situación. Los hechos brutos de la situación, a los cuales le importa tanto enfrentarse, son los hechos brutos de la manera en que concibe la situación». ⁶⁷ Así pues, vuelve a quedar claro que la tarea histórica no consiste en establecer la veracidad de los hechos pasados, pero al mismo tiempo resulta palmario que la reactualización no intenta que el historiador se ponga en el lugar del personaje histórico, sino más bien que la recreación de un aspecto pasado contribuya a esclarecer la situación presente del historiador. En este punto, Collingwood está pretendiendo que los hechos históricos son en esencia hechos filosóficos, en tanto que no importa cómo fue un suceso, sino como un determinado historiador piensa que fue; sin embargo, todo hecho filosófico es hecho histórico, pero no al revés; ⁶⁸ no es lo mismo reconstruir los hábitos de defensa en la Britania romana a partir de restos de muralla encontrados, que la batalla de Trafalgar a través del diario de Nelson, ni la teoría de las ideas platónicas a raíz de la lectura del Fedón; acaso en el único campo en que pueda aplicarse su método con coherencia sea en la historia de

la filosofía, que pretende interpretar las concepciones filosóficas del pasado a partir de los textos de sus autores;⁶⁹ pero en este caso no necesitamos de una filosofía de la historia, que quedaría reducida a una historia de la filosofía de la historia, algo que Collingwood se esfuerza por presentar en las cuatro primeras partes de su *Idea*.

En el duelo entre la autonomía y la objetividad históricas, sale triunfadora la primera. Reactualizar un suceso pasado, significa que el historiador reconstruye en su propia mente lo que *considera* que eran los pensamientos de los agentes involucrados en esos sucesos, críticamente, es decir, en el contexto de sus propios conocimientos, condicionado por la época y el lugar que le ha tocado vivir: desde su *punto de vista*. En su afán por defender a ultranza la autonomía del conocimiento histórico, termina presentando un monadismo gnoseológico o, lo que es lo mismo, desemboca en el *perspectivismo*, posibilitando que su teoría de la reactualización dé lugar a un número de historias directamente proporcional al de historiadores que se encarguen de analizar problemas pasados. Si recurrimos a algunas de sus afirmaciones, descubrimos que no sólo cada época posee juicios históricos diferentes respecto a los mismos actos históricos,⁷⁰ sino también que cada historiador de una misma época puede pensar por su cuenta el mismo suceso y llegar a muy distintas versiones;⁷¹ la historia es la historia de asuntos humanos, y estos son complejos, por eso ninguna historia puede ser definitiva; cada historiador aportará su propia perspectiva y el resultado serán innumerables historias hipotéticas, facetas de un conjunto que ya no existe más que como realidad recreada a través de nuestra problemática presente. Sin embargo, el *perspectivismo* collingwoodiano no conduce tanto al escepticismo, según ha pretendido demostrar Shalom;⁷²

como al subjetivismo en la historia; Collingwood se mostró explícitamente partidario del subjetivismo histórico,⁷³ pero acaso no supo calibrar que su defensa del mismo acababa con la posibilidad de una historia científica, dando lugar a la desaparición del relato histórico en aras de «las historias». En alguno de sus primeros ensayos intentó superar el *perspectivismo* histórico por medio de la filosofía, que haría el trabajo de coordinar la infinidad de perspectivas posibles, volviéndose críticamente sobre su objeto y trascendiendo los diferentes puntos de vista: «Así pues, filosofar sobre el pensamiento histórico supone trascender el monadismo del pensamiento histórico, abandonar el monadismo por la monadología, no sólo ver una perspectiva, sino el espacio de perspectivas».⁷⁴ Pero esto habría significado subordinar la historia al papel coordinador de la filosofía, cosa que habría dañado la autonomía de la historia, por eso abandonó en lo sucesivo esta convicción.

Ahora bien, ¿no se tambalea la autonomía de la historia con la teoría de Collingwood del primado de la razón práctica? Si —como escribe en algunos lugares de su *Autobiografía* y de la *Idea de historia*—⁷⁵ los problemas históricos surgen de problemas prácticos⁷⁵ y la finalidad de los primeros es ayudarnos en el diagnóstico de nuestros problemas morales y políticos, si el estudio de la historia conduce a una mejor comprensión de los asuntos humanos o al autoconocimiento del yo, ¿no se está haciendo de la historia una ciencia auxiliar de la ética, la política, o la antropología, respectivamente? A Collingwood le interesa establecer en definitiva una ciencia de la naturaleza humana que le sirva al hombre para su actuación práctica, y los métodos y conocimientos históricos son únicamente un camino para conseguirlo: «Generalmente se considera importante que el hombre se co-

nozca a sí mismo, entendiéndolo por ese conocerse a sí mismo, no puramente conocimiento de las peculiaridades personales, es decir, de aquello que lo diferencia de otros hombres, sino conocimiento de su naturaleza en cuanto hombre. Conocerse a sí mismo significa conocer, primero, qué es ser hombre; segundo, qué es ser el tipo de hombre que se es, y tercero, qué es ser el hombre que uno es y no otro. Conocerse a sí mismo significa conocer lo que se puede hacer, y puesto que nadie sabe lo que puede hacer hasta que lo intenta, la única pista para saber lo que puede hacer el hombre es averiguar lo que ha hecho. El valor de la historia, por consiguiente, consiste en que nos enseña lo que el hombre ha hecho y en este sentido lo que el hombre es». ⁷⁶ Esto hace que se pueda situar a Collingwood dentro del denominado *historicismo antropológico*; ⁷⁷ la recuperación del pasado sólo es importante en cuanto que nos sirva para reconstruir nuestra propia identidad cultural, pero tanto los asuntos históricos como el propio individuo son lo suficientemente complejos para que en la práctica nunca alcancemos el fin que nos proponemos, aunque tendamos estoicamente hacia esa meta inalcanzable: «En la práctica, este fin no se alcanza jamás. Pero esta separación entre lo que se intenta en principio y lo que se alcanza en la práctica es rasgo común de toda la humanidad, no una peculiaridad del pensar histórico [...] En la historia, como en

todas las cuestiones fundamentales, ninguna conquista es definitiva. El testimonio histórico disponible para resolver cualquier problema cambia con cada método histórico y con cada variación en la competencia de los historiadores». ⁷⁸

Así, la autonomía misma de la historia queda sacrificada también en aras no tanto de una filosofía práctica como de la autonomía del propio individuo, que tiene que hacer su propia historia. El pensamiento histórico es como un río heraclíteo en el que nadie puede bañarse dos veces; los problemas históricos cambian porque cambian nuestras cuestiones acerca de ellos; no basta con recoger la cosecha, hay que seguir adelante, impulsados por la corriente que nos empuja. Por eso nuestros conocimientos no pueden conducirnos a encasillamientos, ni a escolasticismos, porque no son árboles enraizados en tierra firme, sino nenúfares que flotan en el agua al paio del oleaje. Este es el legado de Collingwood: construid vuestras historias y vuestras filosofías, aunque sepáis que no son definitivas. Su filosofía de la historia se disuelve una vez que ha mostrado en qué consiste su idea de historia, cuál es el camino adecuado para llegar a ella y para qué sirve. Como si de una escalera wittgensteiniana se hubiera tratado, deja de tener sentido una vez cumplida su función meta-histórica. Nosotros, seguimos luchando con el Minotauro.

NOTAS

1. Tomo esta denominación del riguroso trabajo de W. Welsch, *Unsere postmoderne Moderne*, Acta humaniora, Weinheim, 1987.

2. Como ha escrito A. Valdecantos recientemente: «La relación de la razón contemporánea con su historia (con aquella reconstrucción de la misma que su parcialidad produzca) nos sitúa en un lugar lejano a su transparencia. Nuestra imagen de la razón ilustrada —como la del sujeto a ella ligado—

sólo se nos da reconstruyendo el proceso que conduce a su fragmentación... Examinar los velamientos de la razón que nos la han hecho opaca sigue siendo la manera menos indigna de practicar una racionalidad fragmentaria», «Historicismo, sujeto y moral (Max Weber y el "mito de la transparencia de la razón")», *Isegoría*, 2 (1990), p. 127.

3. Cfr., por ej., R.G. Collingwood, *Idea de la historia*, México, F.C.E., 1946, p. 291 o 303; cfr. tam-

bién del mismo, *Autobiografía*, México, F.C.E., 1953, p. 111. A partir de ahora, *Idea y Aut.*, respectivamente. La primera fue publicada en su versión original inglesa postumamente por T.M. Knox en 1946, la segunda se publicó en vida del autor en 1939, como uno de sus últimos trabajos. Para una bibliografía exhaustiva y crítica de las obras de Collingwood, consultar D.S. Taylor, *R.G. Collingwood. A Bibliography*, Garland, Nueva York y Londres, 1988. Un buen resumen de los escritos de nuestro autor en su desarrollo cronológico puede encontrarse en C. González del Tejo, *La presencia del pasado*, Oviedo, Pentalfa, 1990, pp. 22-25 y 221-230.

4. «En aquella época, cualquiera que se opusiera a los "realistas" era clasificado automáticamente como "idealista", lo que significaba ser un superviviente retrasado de la escuela de Green. No existía clase establecida alguna donde pudiera colocarse al filósofo que, después de prepararse a fondo en el "realismo", se hubiera vuelto contra él y llegado a conclusiones propias bien diferentes de cuanto había enseñado la escuela de Green. De manera que a pesar de algunas propuestas ocasionales, así fue como me vi clasificado», *Aut.*, pp. 61-62.

5. *Idea*, p. 117. A esta filiación alude P. Gardiner en *La naturaleza de la explicación histórica*, México, U.N.A.M., 1961, p. IX, cuando afirma: «la expresión "filosofía de la historia" ha llegado a tener varias asociaciones. Para algunos puede ser considerada como un monstruo submarino dragado desde el fondo de las aguas de la metafísica del siglo XIX, cuyas mandíbulas se abren de cuando en cuando para emitir profecías en una lengua muerta (o por lo menos extraña): la lengua de la dialéctica hegeliana». Ciertamente podemos descubrir elementos de la filosofía hegeliana en Collingwood, o decir que sus críticas a Hegel están llenas de simpatía (cfr. *Idea*, 117 y ss.), pero no etiquetar su filosofía de la historia como «hegeliana»; es esta, sin duda, una herencia que le viene mediada por Croce, quien también se rebelaba a ser considerado discípulo de Hegel, cfr. *Filosofía e Storiografía*, Bari, Laterza, p. 63.

6. Cfr. «Oswald Spengler y la teoría de los ciclos históricos» (1927), en *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, Barcelona, Barral, 1970 (a partir de ahora, *Ensayos*), pp. 106 y 108: «la idea sólo puede desplegarse en conflicto con su propio contrario... Spengler no pudo captar la verdadera relación dinámica entre los contrarios; su error filosófico le conduce al fallo puramente histórico de considerar que una cultura, en vez de estimular a otra con su propia oposición, no puede hacer más que aplastarla o verse aplastada por ella».

7. «La esencia y fines de una filosofía de la historia» (1924-1925), *Ensayos*, p. 78. Sobre la crítica a la filosofía especulativa de la historia, cfr. *ibid.*, pp. 75-78.

8. «Croce, al negar que la historia fuera una ciencia, se apartó de golpe del naturalismo y volvió la cara hacia una idea de la historia como algo radicalmente distinto de la naturaleza. El problema de la filosofía a fines del siglo XIX era liberarse de la tiranía de la ciencia natural; la audacia de la innovación de Croce fue por tanto, exactamente, lo que exigía la situación. Fue el corte neto que hizo en 1893, entre la idea de la historia y la idea de la ciencia, lo que le permitió desarrollar la concepción de la historia y llevarla más lejos que cualquier otro filósofo de su generación», *Idea*, p. 190. Se está refiriendo al ensayo de B. Croce titulado *La Storia ridotta sotto il concetto generale dell'Arte*, reimpresso en *Primi Saggi*, Bari, 1919.

9. M. Oakeshott afirmaba en *Experience and Its Modes* (Londres, Cambridge University Press, 1933, p. 154): «En el momento en que se considera a los hechos históricos como ejemplos de leyes generales se despiden a la historia». W. Dray presenta una clara exposición de la polémica de Oakeshott y Collingwood frente al positivismo en el segundo capítulo de su *Filosofía de la historia*, titulado «Comprensión histórica»; cfr. trad. castellana en México, U.T.E.H.A., 1965, pp. 6-21. Respecto a los aspectos aquí mencionados de la historia como ciencia, cfr. Collingwood, «La evidencia del conocimiento histórico» (1939) y «El asunto de la historia» (1936), *Idea*, pp. 241-244 y 296, respectivamente; la exposición más precisa de lo que entiende por «exterior» e «interior» de un acontecimiento histórico, la encontramos en «Naturaleza humana e historia humana» (1936), en *ibid.*, pp. 208-209; a esta distinción había aludido W. Dilthey en su «Estructuración del mundo histórico por las ciencias del espíritu» (cfr. *El mundo histórico*, México, F.C.E., 1978), aunque en la concepción diltheyana de «interior» tendrían también cabida sentimientos y emociones, y no sólo pensamientos, como en el caso de Collingwood; sobre este aspecto de la comparación entre Dilthey y Collingwood ha llamado la atención W.H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, México, S. XXI, 1978, p. 54-58.

10. Cfr. *Aut.*, pp. 23-80, *passim*.

11. Collingwood se refiere fundamentalmente a los ataques desde sus diferentes puntos de vista; cfr. *Aut.*, p. 53.

12. «Descubrí que la mayor parte de las concepciones en torno a las cuales giran las controversias de la filosofía moderna, concepciones designadas por palabras como "estado", "debía", "materia", "causa", habían aparecido en el horizonte del pensamiento humano en épocas comprobables del pasado —con frecuencia en épocas no muy distantes— y que las controversias filosóficas de otras edades habían girado en torno a otras concepciones, no sin relación con las nuestras, ciertamente, pero tampoco indistintas, excepto para una perso-

na totalmente ciega a la verdad histórica», *Aut.*, pp. 72-73.

13. «[...] para los positivistas (la tarea postulada por la filosofía de la historia) se trataba del intento de convertir la historia, no en una filosofía, sino en una ciencia empírica, como la meteorología», *Idea*, p. 11. En la *Memoria sobre filosofía de la historia* que redacté el año pasado para acceder a una titularidad en esta materia —y que en opinión del tribunal no merecí— dedico algunas páginas a sacar punta a esta metáfora de la meteorología, que Collingwood no desarrolla, para ilustrar la predicción de futuro como corolario del descubrimiento de leyes uniformes que explican por qué determinado acontecimiento tuvo que suceder, esto es, sucedió necesariamente. Cfr. al respecto G.H. von Wright, *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Editorial, 1980. Cfr. también C. Hempel, «The Function of General Laws in History», en *The Journal of Philosophy*, vol. XXXIX, 1942, pp. 35-48, y A. Donagan, «Explanation in History», en *Mind*, vol. LXVI, 1957, pp. 145-164. Cfr. asimismo W. Dray, *Laws and Explanation in History*, Oxford University Press, 1957.

14. En este sentido presenta su primer bosquejo de una filosofía de la historia en su ensayo de 1924-1925 titulado «La esencia y fines de una filosofía de la historia», cfr. *Ensayos*, 82-98. Desde 1936 trabajaba Collingwood en la redacción de unos manuscritos sobre filosofía de la historia, que habían de formar parte del tercer libro de una serie —de la que sólo pudieron ser ultimados el *Ensayo del método filosófico* (1933) y *Los principios del arte* (1938) (de ambos existen traducciones castellanas, en U.A.M. y F.C.E., México, 1965 y 1960, respectivamente) aunque había proyectado abarcar todos los campos del saber— y que llevaría por título *The Principles of History*, donde se proponía estudiar «las principales características de la historia en cuanto ciencia especial» para considerar después «sus relaciones con otras ciencias, particularmente con las ciencias naturales y con la filosofía, así como sus conexiones con la vida práctica». Pero su precaria salud le obligó a reconsiderar la empresa, revisando en 1940 parte del manuscrito redactado y rebautizándolo con el título de *The Idea of History*, pues pensaba presentarlo como compañero de su otro libro *The Idea of Nature*; desgraciadamente ya no pudo trabajar más en él; estos serían los manuscritos que tres años después de su muerte, en 1946 (Oxford University Press), publicaría T.M. Knox bajo el mismo título, convirtiéndolo en uno de los libros más leídos y discutidos entre los autores de habla inglesa de la época; en el prólogo a la primera edición cuenta Knox que Collingwood dejó una nota con los manuscritos —que sólo contenían una tercera parte de lo proyectado— autorizando su publicación con un prefacio «donde se explique que se trata de un fragmento de lo que yo, cuando

menos durante veinticinco años me propuse escribir como mi obra principal»; al castellano ha sido traducido en F.C.E. como *Idea de la historia* (1952), pero es curioso que la traducción alemana haya decidido titularlo *Philosophie der Geschichte* (Stuttgart, Kohlhammer, 1955), fijándose en el encabezamiento de la introducción del propio Collingwood. Precisamente en 1939 decide escribir su *Autobiografía*, presintiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida «para dejar constancia de un breve resumen de lo que no he podido publicar todavía, si acaso no puedo publicarlo en extenso» (cfr. *Aut.*, p. 119); casi la mitad de este libro está dedicado a ilustrar su concepción de la filosofía de la historia.

15. *Teoria e Storia della Storiografia*, Bari, 1917, p. 158 y *passim*.

16. Cfr. *Idea*, pp. 15-16, y *Aut.*, p. 81. Dejo de lado la explicación pormenorizada de la evolución en Collingwood de la relación entre filosofía e historia en Collingwood; cfr. al respecto la introducción de T.M. Knox a la 1ª ed. de *The Idea of History* y A. Donagan, *The later Philosophy of R.G. Collingwood*, Oxford, Clarendon Press, 1962, pp. 1-18; estaría de acuerdo con Donagan en que no puede hablarse de una «conversión al historicismo» de Collingwood, como pretende Knox; la aproximación que nuestro autor lleva a cabo entre filosofía e historia no significa la supresión de la primera en favor de la segunda, sino que exige otro tipo de filosofía capaz de abarcar los problemas epistemológicos y metafísicos que plantean el conocimiento histórico. En opinión de Collingwood, Croce va desertando gradualmente de la filosofía en favor de la historia, aunque el tema de la relación de la filosofía con la historia no termina de presentarse con toda claridad por su perpetua vacilación entre dos perspectivas: «la vena idealista del pensamiento de Croce que mantiene (con Gentile, a quien este aspecto de Croce no parece deber poco), la identidad de la filosofía y la historia, y la naturalista que mantiene que la filosofía es un componente de la historia», «La filosofía de la historia de Croce» (1921), *Ensayos*, p. 59. Cfr. asimismo *Idea*, p. 193: «Para Croce, en la fase culminante de su pensamiento... toda realidad es historia y todo conocimiento es conocimiento histórico. La filosofía es solamente un elemento constituyente dentro de la historia; es el elemento universal en un pensamiento cuyo ser concreto es individual».

17. Cfr. *Aut.*, p. 81 ss. y p. 145 ss.

18. Aquí se equivoca H.I. Marrou cuando afirma refiriéndose a Collingwood: «Declarémoslo con energía: el historiador no se propone por tarea (concediendo que pueda concebirse sin contradicción) el reanimar, hacer revivir, resucitar el pasado», en *El conocimiento histórico*, Llabor, Barcelona, 1968, p. 35.

19. Cfr. al respecto B. Croce, *Teoria e Storia...*, p. 1. Cfr. Collingwood, «La filosofía de la historia

de Croce», *Ensayos*, p. 44 y ss; un poco más adelante, criticará a Croce por su opinión de que el historiador siempre justifique y nunca condene, pues lo considera contradictorio con la idea de contemporaneidad de la historia: «Como historiador de César soy contemporáneo de César. Cuando un hombre está muerto, el mundo le ha juzgado, y mi juicio no importa; pero el mero hecho de que estoy reconsiderando su historia prueba que no ha muerto, que el mundo no ha emitido todavía su juicio... El pensamiento es vida, y por consiguiente el historiador nunca puede ser imparcial» (*ibid.*, p. 54).

20. En el prefacio a la *Historia de los pueblos románicos y germánicos* (1874) aparece la famosa expresión de L. von Ranke que tanta tinta ha hecho derramar: «Se ha dicho que la historia tiene la función de enjuiciar el pasado, de intuir el presente en beneficio del futuro; el presente ensayo no se arroga tan alta función; mostrará simplemente, como ha sido en realidad». Cfr. *Idea*, p. 133.

21. Cfr. «Los límites del conocimiento histórico» (1927), *Ensayos*, pp. 143-145 y 147-148.

22. «El asunto...» (1936), *Idea*, p. 293.

23. *Ibid.*, 291.

24. *Ibid.*

25. Cfr. «El asunto de la historia», *Idea*, p. 290. La distinción entre pensamiento «mediato» e «inmediato» aparece ya en una de sus obras más tempranas, *Speculum mentis* (1924); cfr. al respecto C. González del Tejo, *op. cit.*, pp. 123-124. Cfr. asimismo «La historia como recreación de la experiencia pasada» (1936), *Idea*, p. 288.

26. *Aut.*, p. 128.

27. Cfr. «Los límites...», *Ensayos*, pp. 144-145.

28. «Cuando Collingwood dijo que toda historia era la historia del pensamiento, quería decir que se interesaba propiamente por *operaciones intelectuales*», W.H. Walsh, *op. cit.*, p. 54.

29. El primado de la razón práctica sobre la teórica es una constante del pensamiento ilustrado alemán, localizable en Thomasius, Crusius y, fundamentalmente, en Kant (*K.p.V.*). Collingwood no deja constancia de esta filiación, sin embargo, dedica parte de su *Nuevo Leviatán* —la última obra que publicó en vida— a analizar el problema, de lo que deduzco que dialoga con este punto arquimédico ilustrado a través de Hobbes; cfr. *The New Leviathan*, Oxford, Clarendon Press, 1942, parte I, cap. 1, §§ 66-68, y cap. 14, §§ 3-62.

30. Para Collingwood, es un error la separación absoluta entre teoría y práctica, lo que presupone la creencia en que una persona entregada al pensamiento teórico puro está actuando sin propósito, o, en el otro extremo, defender que sólo puede haber historia de aspectos de la vida práctica (política, guerra, vida económica, etc.) —resultado de la concepción hegeliana, expresada en sus lecciones sobre filosofía de la historia, de que la materia propia de la historia es la sociedad y el Estado, esto es, la

«mente objetiva», la mente en cuanto expresándose hacia afuera en acciones e instituciones—, cfr. *Idea*, pp. 297-299, y *Aut.*, p. 145 y ss. El problema que suscita este punto de vista, esto es, que toda investigación comienza con el planteamiento de un cierto problema, con la concepción de un propósito o la formación de una intención, es que contribuye a desdibujar la frontera entre ciencia natural e historia que tanto subrayó.

31. «El realismo histórico significa por sí mismo que todo lo que se incluya en la suma total de acontecimientos que han sucedido es un objeto posible y legítimo de conocimiento histórico... El realismo histórico supondría que no existe ningún límite para el conocimiento histórico, excepto los límites del pasado en cuanto pasado... Además el realismo histórico lleva aparejado el absurdo de considerar el pasado como algo todavía existente por sí en un *noetòs tópos* propio», «Los límites...», *Ensayos*, p. 146.

32. Es esta una expresión que aparece utilizada profusamente a lo largo de su obra. Desde mi punto de vista, el lugar donde aparece mejor explicado y sistematizado qué entiende por esto es en «La evidencia...», *Idea*, pp. 248-249.

33. «El asunto de la historia», *Idea*, p. 292. En este punto se nota también la influencia de Croce, quien, para ilustrar que toda historia es historia contemporánea, diferencia entre «historia» y «crónica», considerando que esta última es el pasado en cuanto creído simplemente sobre la base de testimonios pero no históricamente conocido, algo así como el cuerpo de la historia del cual se le ha ido el espíritu, el «cadáver de la historia». Collingwood hace referencia a este punto en la parte dedicada a Croce en *Idea*, pp. 198-199.

34. Sobre el significado de «prueba histórica» cfr. «La evidencia...», *Idea*, pp. 264-271. Sobre la influencia de la arqueología en la creación del método histórico, cfr. *Aut.*, pp. 121-144; los tres libros más representativos que escribió sobre historia de Inglaterra, partiendo de pruebas arqueológicas, fueron: *Roman Britain* (Londres, Oxford University Press, 1923), *The Archaeology of Roman Britain* (Londres, 1930, revisada por I. Richmond, 1969), y *The Roman Inscriptions of Britain* (en colaboración con R.P. Wright, quien lo publica en Oxford, Clarendon Press, 1965).

35. Tan drásticamente se expresa L.B. Cebik: «[...] si dejáramos de lado la noción de "repensar" como sencillamente errónea... si alguna vez nos deshacemos de la reactualización y vemos lo que tiene de auténtico el trabajo de Collingwood —así como de lo que analizó superficial o insuficientemente y de donde se equivocó— debemos poner nuestra atención lejos del re-pensar y también de la acción, y centrarla en las nociones de inferencia y prueba», «Collingwood: Action, Re-enactment, and Evidence», *Philosophy Forum*, pp. 68-69, citado por

C. González del Tejo, *op. cit.*, p. 92; la autora sostiene con buen juicio que, en general, los estudiosos de Collingwood que intentan salvar su filosofía se centran en los aspectos mencionados como positivos por Cebik, mientras que aquellos que la critican atienden más bien a los argumentos que tienen que ver con la reactualización.

36. Un resumen bastante bueno de las mismas se encuentra en C. González del Tejo, *op. cit.*, pp. 175-189.

37. Desde mi punto de vista, la contemplación aislada del concepto de reactualización es lo que ha hecho a autores como P. Gardiner (*op. cit.*, pp. 52-53) o W.H. Walsh (*op. cit.*, p. 64) hablar de comunicación telepática entre el historiador y los personajes del pasado o de intuicionismo, respectivamente.

38. Al final de «Los límites del conocimiento histórico» se menciona de pasada el término «reconstruir», aunque no se explicita; cfr. *Ensayos*, p. 147.

39. *Outlines...*, Ms B.L., B12, p. 7, citado por C. González del Tejo, *op. cit.*, p. 97. Sobre las disquisiciones metafísicas y epistemológicas de este manuscrito, cfr. *ibid.*, pp. 93-96.

40. *Idea*, p. 277. En *ibid.* p. 272 y ss. se opone taxativamente a toda teoría de conocimiento que implique una copia del objeto conocido, y en p. 288 y ss. se plantea el problema de la identidad de los actos de pensamiento: «Si yo repienso ahora un pensamiento de Platón, ¿es mi acto idéntico al de Platón o diferente? A menos que sea idéntico, mi pretendido conocimiento de la filosofía de Platón es puro error. Pero a menos que sea diferente, mi conocimiento de la filosofía de Platón implica olvido del mío propio. Lo que se requiere, si he de llegar a conocer la filosofía de Platón, es repensarlo en mi propia mente y también pensar otras cosas a la luz de las cuales pueda juzgarla».

41. Cfr. *Idea*, p. 282. En «La imaginación histórica» (1935) hace también referencia a la diferencia entre memoria e historia, para oponerse a la teoría del sentido común, que basaría la historia en la memoria y los testimonios de autoridades: «Y así como la historia no depende de la autoridad, tampoco depende de la memoria. El historiador puede redescubrir lo que se ha olvidado por completo, en el sentido de que ninguna tradición ininterrumpida, que arranque de los testigos presenciales, le entrega afirmación alguna al respecto. Puede descubrir incluso que, hasta el momento de descubrirlo él, nadie sabía siquiera que hubiese ocurrido. Esto lo hace en parte mediante el tratamiento crítico de declaraciones contenidas en sus fuentes, y en parte mediante el empleo de lo que se ha llamado fuentes no escritas, que se emplean en proporción cada vez mayor a medida que la historia se siente más segura de sus métodos y su criterio propios» (*Idea*, p. 231-232).

42. *Ibid.*, p. 281. A. Shalom (*R.G. Collingwood*,

Philosophe et Historien, París, P.U.F., 1967, p. 158), ha sabido resaltar la importancia que adquieren los puntos de vista de la actualidad presente para aquellos que escriben autobiografías, como es el caso de nuestro autor: «Lorsque l'on écrit une autobiographie il est évident que l'on a la tendance à interpréter les événements passés en fonction des façons de voir présentes. C'est pour cette raison que l'autobiographie de Collingwood est importante moins pour ce qu'elle nous dit, par exemple, de l'Oxford des années 1910 à 1920, que pour connaître la façon dont Collingwood voyait le problème de la connaissance, par exemple, vers 1937».

43. *Ibid.*, p. 284.

44. «Los límites...», *Ensayos*, p. 145. En la página anterior ha escrito: «En efecto, el pensar histórico no significa más que interpretar todas las pruebas al alcance con el máximo grado de capacidad crítica. No significa descubrir lo que sucedió en realidad, si "lo que en realidad sucedió" no es otra cosa que "lo que indican las pruebas"».

45. *Idea*, pp. 284-285. En este sentido se equivoca A. Shalom, *op. cit.*, pp. 476-516, al ver la filosofía de la historia de Collingwood como un eterno ir y venir entre el escepticismo y el solipsismo, al analizar cada uno de sus ensayos de forma autónoma, sin esforzarse por relacionarlos entre sí e ignorando que en muchos da ya por supuestos aspectos que ha desarrollado reflexivamente en otros.

46. «Por ejemplo, supongamos que (un historiador) está leyendo el Código Teodosiano y que tiene ante sí cierto edicto del emperador. El simple hecho de leer las palabras y traducirlas no significa conocer su significación histórica. A fin de hacerlo tiene que representarse la situación que el emperador trataba de dominar, y tiene que representársela tal como el emperador lo hacía. Luego tiene que ver por su cuenta, tal como si la situación del emperador fuera la suya propia, la manera como podría resolverse semejante situación; tiene que ver las posibles alternativas, y las razones para elegir una con preferencia a las otras y, por tanto, tiene que pasar por el mismo proceso que el emperador al decidir sobre este caso particular. De esta suerte re-crea en su propia mente la experiencia del emperador; y sólo en la medida en que haga esto, tiene algún conocimiento histórico, en cuanto distinto del meramente filológico, del significado del edicto», *Idea*, p. 272. Esta postura es lo que C.G. Hempel, *loc. cit.*, pp. 44-45, ha criticado como «método de comprensión empática».

47. W. Dray (*op. cit.*, pp. 18-25), considera que la reactualización hace referencia a estos elementos y no a la ilazón lógica del pensamiento, aspecto en el que discreparía. En su concepción analógica de «ponerse en el lugar del otro» recuerda Collingwood algunos planteamientos de Leibniz, de quien no sólo hereda su excesiva confianza en el comportamiento racional humano, sino también la versión

de la historia como conocimiento hipotético, aunque no sea éste un autor a quien haga referencias prolíficas.

48. Cfr. *Aut.*, pp. 114-116. Este es, precisamente, el contexto en el que hay que entender el problemático término collingwoodiano de «pensamiento encapsulado», esto es, «un pensamiento que, aunque perfectamente vivo, no forma parte del complejo pregunta-respuesta que constituye lo que la gente llama la vida "real", el presente superficial u obvio, de la mente en cuestión» (*ibid.*, p. 114; cfr. *ibid.*, p. 140). En *Outlines...* también había hablado Collingwood de la problemática contextual: «...reactualizar el pasado en el presente es reactualizarlo en un contexto que le da una nueva cualidad. Este contexto es la negación del pasado mismo. Así el historiador de poesía leyendo a Dante, reactualiza la experiencia medieval que expresa este poema: pero mientras hace esto, sigue siendo un hombre moderno, no un medieval; y esto significa que el medievalismo de Dante, mientras es revivido y reexperimentado genuinamente en su mente, está acompañado de un conjunto completo de hábitos e ideas fundamentalmente no medievales, el cual lo equilibra, mantiene a raya e impide que ocupe alguna vez el mundo en su conjunto».

49. «Los límites...», *Ensayos*, p. 147; los subrayados son míos. En este punto nos recuerda Collingwood a Goethe, cuando afirmaba que «a diferencia del animal, que es un mero sucesor, el hombre es además un heredero que tiene que ganarse su pasado», frase esta que gustaba de repetir Ortega —quien más de un punto en común observa con la filosofía de la historia de Collingwood—; sobre este punto ha insistido F. Birules, en su artículo «Recuerdos sin interpretación son ciegos», *Historia, lenguaje, sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*, Crítica, Barcelona, 1990, p. 236.

50. «Vico encuentra el principio que busca en la doctrina de que *verum et factum convertuntur*, es decir, que la condición para que se pueda conocer algo con verdad, o sea, para que se le pueda entender y no solamente percibir, consiste en que el sujeto que conoce haya fabricado aquello que se conoce», *Idea*, 70-71; en las páginas que siguen se dedica a comentar la doctrina de Vico, aclarando que no se trata en absoluto de ningún «idealismo». Vico desarrolla este concepto en su *Ciencia Nueva* (1725) —cfr. trad castellana de J. Cramer, *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, F.C.E., México, 1978—, aunque ya se había referido a él en *De antiquissima Italorum sapientia ex linguae latinae (1710)*, aplicándolo a la poesía creadora. Sobre el problema del conocimiento constructivo es interesante consultar el trabajo de R. Mondolfo, *Verum-factum. Desde antes de Vico hasta Marx*, Buenos Aires, Siglo xx, 1971.

51. Cfr. *Idea*, p. 251. Del interés de Collingwood

por Vico da fe la traducción que hizo del libro de B. Croce, *The Philosophy of Giambattista Vico*, London, Allen and Unwin, 1913; asimismo es muestra de la valoración positiva de la obra de Vico que reproche a Spengler ignorarla, cfr. «Oswald Spengler y la teoría de los ciclos históricos» (1927), en *Ensayos*, p. 107.

52. «Si llenáramos la narración de los actos de César con detalles fantásticos tales como los nombres de las personas que se encontró en el camino y lo que les dijo, la construcción sería arbitraria; sería en verdad la especie de construcción que hace el novelista histórico. Pero si nuestra construcción no abarca nada que sea innecesario al testimonio histórico, entonces es una construcción histórica legítima de una especie sin la cual no puede haber historia alguna», «La imaginación...», *Idea*, p. 234.

53. *Ibid.* Sobre los distintos tipos de imaginación mencionada, cfr. *ibid.*, pp. 234-235.

54. *Ibid.*, p. 236.

55. Como afirmaba S. Kracauer en su ensayo *Der Detektiv-Roman*, Frankfurt, Suhrkamp, 1971, p. 131: «Das Ende des Detektiv-Romans ist der unbestrittene Sieg der *ratio*».

56. «El historiador tiene que alegar a base de las pruebas con que cuenta, o callarse la boca», *Aut.*, p. 138.

57. En la actividad interrogativa consiste la «revolución baconiana» a que tantas veces alude en sus escritos. Respecto a la analogía con la investigación criminal, la diferencia entre Poirot y Holmes sería para él profundamente significativa del cambio surgido en la comprensión del método histórico; así, cuando Poirot insistía en que el secreto del detectivismo está en emplear las «pequeñas células grises», quería afirmar que no es posible recopilar pruebas antes de empezar a pensar (cfr. *Idea*, p. 271). El interés de Collingwood por la literatura policiaca ha dado lugar en nuestros días a trabajos como el de J. Levine, «The Autonomy of History: R.G. Collingwood and Agatha Christie», *Clio* 7, 1978, pp. 252-264.

58. *Idea*, p. 259. El subrayado es mío.

59. *Idea*, pp. 270-271. No estoy de acuerdo con C. González del Tejo cuando afirma que para Collingwood «la verdad en historia no va referida tanto al "hecho en sí" —que es incognoscible— como a las reliquias que del mismo existen en el presente, o por lo menos, a aquellas que se consideran como tales», *op. cit.*, pp. 89-90. Desde mi punto de vista, el concepto de «verdad» ha sido sustituido por Collingwood por el de «adecuación» o «justeza» en todo el contexto histórico, como resultado de la crítica que su nueva lógica de pregunta-respuesta hace a la lógica proposicional; cfr. al respecto *Aut.* pp. 37-50, y, sobre todo, pp. 45-46.

60. Collingwood escribió al respecto en «Los límites del conocimiento histórico», *Ensayos*, p. 144: «Si en cierta ocasión sucedió un acontecimiento

respecto al cual no sobrevive ningún rastro testimonial en la actualidad, ese acontecimiento no forma parte de ningún universo del historiador; no corresponde al historiador descubrirlo; no supone ninguna laguna en el conocimiento de cualquier historiador la circunstancia de que no lo conozca».

61. Cfr. al respecto C. González del Tejo, *op. cit.*, p. 158, quien cita al respecto unas líneas de la *Aut.*, p. 75: «Los historiadores navales piensan que vale la pena discutir el plan estratégico de Nelson porque ganó la batalla. No vale la pena discutir el plan de Villeneuve. No lo logró realizarlo, y, por tanto, nadie sabrá cual fue. Sólo podemos conjeturarlo. Y conjeturar no es historia».

62. Cfr. *ibid.*, 238-239, y 235.

63. «La evidencia...», *Idea*, p. 256. En «Los límites...», *Ensayos*, p. 143, había escrito: «El juego no lo ganará el jugador que pueda reconstruir lo que realmente sucedió, sino el jugador que pueda mostrar que su idea de lo que sucedió es la única que fundamenta la prueba accesible a todos los que intervienen, cuando se critica hasta sus últimas consecuencias». Los subrayados son míos.

64. En este sentido escribe A. Donagan, en *The later Philosophy of Collingwood*, Oxford, Clarendon Press, 1962, p. 246, que el error de Collingwood al propugnar la reactualización de la acción racional es identificar esta última con un acto de libertad racional surgida del deber, de forma que explicar un acto histórico equivalga a justificarlo.

65. «Historia y libertad» (1939), *Idea*, pp. 304-305.

66. Cfr. *ibid.*, p. 303.

67. *Ibid.* El subrayado es mío.

68. Cfr. al respecto E. Lledó, *Lenguaje e historia*, Barcelona, Ariel, 1978, p. 178 y ss.

69. En algunos textos, el propio Collingwood parecería estar de acuerdo: «Consultamos» a los historiadores, recurrimos al cúmulo de conocimientos que hay en sus mentes para suplir la falta de conocimientos que hay en las nuestras. No nos proponemos seguir los procesos de pensamiento mediante los cuales ellos llegaron al conocimiento de tales cosas; eso sólo podríamos hacerlo convirtiéndonos en historiadores consumados y esto no podemos hacerlo leyendo sus libros, sino trabajando como ellos en las fuentes originales. Pero leyendo a los filósofos, sí los seguimos, entendemos lo que piensan y reconstruimos en nosotros mismos, en la medida de nuestras posibilidades, los procesos mediante los cuales han llegado a pensar lo que piensan... Lo que exigimos del historiador es un producto de su pensamiento; lo que exigimos del filósofo es su pensamiento mismo. El lector de una obra filosófica se obliga a vivir la misma experiencia que su autor ha vivido; si por falta de simpatía, de paciencia, o de cualquier otra cualidad le es imposible hacerlo, sus lecturas son inútiles», *Ensayo sobre el método filosófico*, México, U.A.M., 1965, pp. 172-173. Collingwood llegó a calificar éste

como su mejor libro, por lo que respecta a la materia y porque fue el único que pudo concluir con tranquilidad, cfr. *Aut.*, p. 119.

70. En este sentido reproduce M. Knox en el prefacio de la primera edición de *The Idea of History* un párrafo de una carta que le ha enviado Collingwood: «St Agustin looked at Roman history from the point of view of an early Christian; Tilletmont, from that of a seventeenth-century Frenchman; Gibon, from that of an eighteenth-century Englishman; Mommsen, from that of nineteenth-century German. There is no point in asking which the right point of view. Each was the only one possible for the man who adopted it», *loc. cit.*, p. XII.

71. «Cada historiador ve la historia desde su propio centro...es una mónada que contempla el universo desde un punto de vista que irremisiblemente no es el punto de vista de cualquier otro. Incluso el propio punto de vista del historiador no permanece constante...De aquí que ningún problema histórico concreto se halle nunca totalmente resuelto», «Esencia y fines de una filosofía de la historia» (1925), *Ensayos*, pp. 96-97.

72. Cfr. A. Shalom, *op. cit.*, pp. 205-212 y 476-516. Para Shalom, la filosofía de la historia de Collingwood rondaba peligrosamente el escepticismo al defender que el conocimiento histórico es esencialmente monádico. Cuando Collingwood escribe esto, se esfuerza a su vez por mostrar el papel trascendentalizador de la filosofía respecto al perspectivismo histórico; cfr. «La esencia y fines...», *Ensayos*, pp. 97-98.

73. «El esfuerzo por eliminar este "elemento subjetivo" de la historia nunca es sincero —significa mantener nuestro propio punto de vista mientras pedimos a los demás que abandonen el suyo—: una tentativa que siempre es, además, infructuosa. Si lograrse triunfar desaparecería la historia», «La filosofía de la historia» (1930), *Ensayos*, p. 188. El subjetivismo de Collingwood ha sido ampliamente criticado por E.H. Carr; cfr. *¿Qué es la historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1979, pp. 33-40.

74. «La esencia y fines...», *Ensayos*, p. 98.

75. Cfr. *Aut.*, pp. 98, 102-103, 108-109 y 116, fundamentalmente. Cfr. también *Idea*, p. 20. En «Historia y libertad», *Idea*, p. 301, escribe: «He sostenido que estudiamos historia con el fin de conocernos a nosotros mismos. A manera de ilustración de esta tesis he de demostrar cómo nuestro conocimiento de que la actividad humana es libre lo hemos alcanzado solamente a través de nuestro conocimiento de la historia». Aquí se muestra Collingwood también deudor de B. Croce, quien había escrito: «La gloria trova il suo senso nell' etica» (*Filosofie e Storiografie*, Bari, Laterza, 1949, p. 310).

76. *Idea*, p. 20.

77. Cfr. al respecto C. González del Tejo, *op. cit.*, pp. 28-29.

78. «La imaginación histórica», *Idea*, p. 240.